

En consecuencia de los hechos de Ensenada, el gobierno “constituyéndose en el deber de poner a salvo esta sociedad, no menos que las propiedades neutrales y argentinas de tales incendios y depredaciones”, dio un decreto el 1 de mayo estableciendo que cualquier comandante, oficial o marinero inglés o francés que fue tomado en cualquier puerto o río de la provincia “sacando violentamente los buques mercantes nacionales o extranjeros, bien para incendiarlos o saquearlos, sería castigado como incendiario con la pena prescrita por las leyes a estos criminales”³².

La guerra era franca. E implacable.

3. TRATADOS DE ALCARAZ

El ejército paraguayo.

Declarada el 4 de diciembre la guerra de Paraguay contra Rosas (tomada en consideración por éste sólo para ordenar al ejército federal que no invadiese territorio paraguayo), un cuerpo expedicionario paraguayo de 4.000 hombres se puso a las órdenes del general Francisco Solano López, hijo de Carlos Antonio, que apenas tenía 18 años de edad pero se destacaba por su carácter serio y reflexivo.

Desembarcaron en el rincón de Soto, junto a Goya, y por falta de caballada e impedimento de su bagajes³³ no pudieron estar con premura en Villanueva.

El ejército de Operaciones.

Vencedor en *India Muerta*, Urquiza quedó en la Banda Oriental para cooperar en el ataque a Montevideo proyectada por Oribe. Para reforzar a Garzón en Entre Ríos, tomas mandó al coronel Hilario Lagos con una división. Pero al saber la alianza paraguayo-correntina, ordenó a Urquiza que invadiese Corrientes.

La marcha del ejército de Operaciones fue de excelente conducción militar. El 24 de diciembre cruzó el Uruguay burlando la escuadrilla de Garibaldi que trató de obstaculizarlo en el Hervidero— (Concordia), evitado por Urquiza atravesando el río más al norte; el 1 de enero concentraba sus efectivos en el Yuquerí, el 5 llega a Mandisoví, el 10 entra en la provincia de Corrientes, el 15 está en Pago Largo, y el 16 dispersa las primeras partidas correntinas junto al arroyo *Las Osamentas*³⁴.

Paz debió levantar su campamento de Villanueva. Los paraguayos seguían en el rincón de Soto, y las fuerzas del gobernador Madariaga (800 hombres) estaban en *Isla Alta* cerca de Bella Vista. Paz ordenó la concentración de todos los efectivos junto al río Batel, pero Urquiza con una hábil maniobra consiguió meter una cuña entre el ejército de Paz (al que habían conseguido reunirse los paraguayos) y el de Madariaga separado por el río Santa Lucía.

El plan de Paz era internarse al noroeste hasta la *tranquera de Loreto*, sobre el Paraná, que estaba atrincherada en previsión de una batalla. El ejército de Operaciones alejado de sus bases en Entre Ríos, sería derrotado con facilidad. Mientras se retiraba marchando entre los ríos Santa Lucía y Batel, ordenó Joaquín Madariaga que siguiese con sus tropas al norte del Santa Lucía para unirse en Ubujahy en las puntas del Santa Lucía. Juan Madariaga, hermano del gobernador, con 1.500 hombres cuidaría la retirada como jefe de la retaguardia.

Urquiza tiene 5.000 hombres, mientras el ejército de Paz —al que se había puesto el extraño nombre de *Aliado Pacificador*³⁵— sumaba más de 10.000 contando los paraguayos. Pero las veteranas tropas del ejército de Operaciones eran superiores a los reclutas correntinos y paraguayos. Urquiza quiere definir la situación y se interna en persecución de Paz por los esteros entre los ríos Batel y Santa Lucía; el 4 de febrero alcanza la retaguardia de Juan Madariaga en *Laguna Limpia*: los 1.500 hombres de éste son fácilmente vencidos, y Madariaga cae prisionero.

Aperturas de Urquiza a los interventores enemigos de Rosas.

Dice Paz en sus *Memorias* que en mayo de 1845 un tal Benito *Optes*³⁶, “socio en el comercio de Montero, íntimo amigo (Montero), hermano político y socio en negociaciones mercantiles de Urquiza”, llegó a Uruguayana “con el encargo de entenderse con algunos de mis amigos para hacerme conocer las disposiciones, tanto de dicho general como de Garzón y de don Ángel Pacheco... para derribar de sus puestos a Rosas y Oribe en los que debían colocarse aquéllos (Pacheco y Garzón) quedando Urquiza como su colaborador con una influencia proporcionada”. *Optes* buscó en Uruguayana a Agustín Murguiondo vinculado a Paz, pero la indiscreción de los Madariaga hizo pública la apertura, y Urquiza escribió a *Optes* que se “dedicara exclusivamente a negocios mercantiles”. Dada la

³² Comenta Carlos Pereyra: “Rosas respondió con algo humorístico y Justiciero juzgando a los comandantes, oficiales y marineros capturados como reos de orden común, es decir como incendiarios. ¡La barbarie negaba beligerancia a la civilización!”.

³³ La falta de práctica de los paraguayos les hizo llevar un material pesadísimo. Sus cañones de bronce, que ostentaban las armas del rey, eran de difícil transporte.

³⁴ La rápida marcha de Urquiza impidió que los correntinos y paraguayos recibiesen las armas que les traía el convoy anglofrancés.

³⁵ No era más *Libertador* de la Argentina; ahora *Pacificador* de la Mesopotamia y Paraguay.

³⁶ No figura ningún *Benito Optes* en el litoral; debe tratarse de *Benito Chain*, correveidile de Urquiza para esos menesteres. Paz habrá desfigurado el nombre al escribir sus *Memorias*, porque todavía eran aprovechables Chain y Irquiza.

conducta de Urquiza y Garzón en 1851 (y Pacheco en 1852) puede conjeturarse que existió realmente el propósito de éstos de entrar en negociaciones en los momentos de ocurrir la intervención extranjera³⁷.

Chevalier de Saint-Robert, secretario de Deffaudis, publicará en París en 1848 su libro *Le général Rosas et la question de la Plata* donde dice: “Mientras la escuadra remontaba el Paraná, vino a Montevideo un hombre mandado por un jefe argentino, el más importante, a suplicar a los plenipotenciarios se sirviesen contestar a esta simple pregunta: *La Francia y la Inglaterra ¿están resueltas a ir hasta el extremo y puede contarse con ellas?*”. Dice *La vida de un traidor*³⁸ que este comisionado era Benito Chain, hombre de la confianza de Urquiza, agregando que “Ouseley le encargó

de hacerle saber que los ministros de Inglaterra y de Francia habían formado un alto concepto de sus esclarecidas virtudes como magistrado y general, y consideraban a la provincia de Entre Ríos, por su ventajosa posición, sus recursos y el valor heroico de sus habitantes, *muy digna de ser elevada al rango de nación independiente*. Y que si V.E. (Urquiza) se resolvía aprovechando la oportunidad que las actuales circunstancias le presentaban... ellos le ofrecían en nombre de sus gobiernos y con todo el poder de las dos grandes naciones que representaban su apoyo y eficaz cooperación... que desde luego que tomase la resolución indicada podría disponer de doscientos mil fuertes que ellos se comprometían a hacer entrega a S.E. para vestir y pagar sus tropas, dando la seguridad de que reconocerían inmediatamente y sostendrían la independencia de Entre Ríos”. Por la sumaria, levantada por el coronel Galán, jefe del Estado Mayor de Urquiza —como después veremos—, se sabe que el Cónsul francés en Montevideo M. Devoize instó al vecino de Entre Ríos Jacinto Martínez, que transmitiese estas proposiciones a Urquiza: idéntica negociación hizo Ouseley valiéndose de otro entrerriano, Francisco Legeren, según el mencionado libro.

Urquiza por medio de Juan Madariaga, a quien tenía preso, llevó proposiciones de un arreglo a su hermano el gobernador. Juan escribe a Joaquín el 5 de febrero (al día siguiente de ser tomado prisionero) que “Urquiza anhela hacer la paz porque pensaba íntimamente como ellos dos; que estaba dispuesto a todo, menos a entenderse con el general Paz; que era conveniente buscar medios para iniciar una negociación”. Joaquín le responde que desconfiaba en Urquiza “los mismos sentimientos que nosotros... pero en este momento estoy confuso respecto de los medios y los términos en que pueda con decoro abrir una negociación”.

Madariaga expulsa a Paz (4 de abril).

Al tiempo de entrar en entendimiento con Joaquín Madariaga, Urquiza sigue la persecución de Paz que el 10 de febrero conseguía unirse con el gobernador en Ibajahy. El 12 llega allí el ejército de Urquiza. En vez de librar la batalla se retirará “precipitando su marcha de un modo extraordinario” dice Paz. No pudo perseguirlo porque Madariaga no le dio o no le quiso dar caballos, suponiendo por eso Paz que ya estaba arreglado con Urquiza.

Desde Yaguareté-Corá, en plena retirada, el 17 Urquiza escribe a Madariaga: “Deseo sinceramente la paz. Creo que usted y yo podemos darla a la República”. Según el historiador correntino Mantilla propuso como bases el reingreso de Corrientes a la Confederación, expulsión de Paz, *ruptura con todo poder extraño y darle a Rosas el manejo de las relaciones exteriores*. Informará al Restaurador esta negociación en marzo, por medio de Juan Castro, con pausado retardo.

Que esas propuestas fuesen sinceras, es discutible.

Dice Paz en un párrafo de sus *Memorias*: “Con bien poco disimulo se hacía correr la voz de que Urquiza era amigo de Corrientes, que ofrecía separarse de Rosas, que quería la paz, a la que no había más obstáculo que yo”. Por eso, a fin de defenderse, quiso Paz apoderarse del gobierno de Corrientes. Desde su campamento de Villanueva tramó con los legisladores (Urquiza había vuelto a Entre Ríos) la deposición de Madariaga: mandó a la capital al general Ávalos con una división a apoyar al congreso provincial; pero Madariaga se apresuró a encarcelar a los legisladores y salir al encuentro de Ávalos. A pesar de ser más, los correntinos de Ávalos se negaron a combatir contra su gobernador y se plegaron a éste (2 de abril). Dos días después el gobernador delegado José B. Acosta destituyó a Paz como Director de la guerra.

Tampoco pudo mantenerse Paz en Villanueva. El ejército *Pacificador* era correntino y seguía a los correntinos. Le ocurrió lo mismo que en la Bajada en 1841: con un pequeño escuadrón de entrerrianos y algunos jefes y oficiales que no eran de Corrientes, el destituido Director de la guerra debió asilarse en Paraguay³⁹.

Se vuelve la columna paraguaya (abril).

No había sido lucida la conducta de la columna paraguaya: “Una masa informe con la que no se puede contar por el momento” escribe Paz a Madariaga (éste mandó la carta a don Carlos cuando Paz se refugió en Asunción, a fin de perjudicarlo); “le falta mucho para merecer el nombre de ejército”. Es explicable por la falta de práctica guerrera de los paraguayos. No fue lo peor: el contacto con el ejército de Paz que decía luchar por la *constitución* y la *libertad* hizo mal a algunos oficiales paraguayos; ¿por qué no luchar ellos también por la *constitución* y la *libertad*? Hubo un complot para apoderarse del mando, ir a Asunción, deponer a López y convocar a un congreso que diese a Paraguay una constitución liberal.

³⁷ Entre los jefes federales o blancos había muchos que querían acabar la guerra “de cualquier manera”, pero preferiblemente sustituyéndose a Rosas y Oribe. 1851 lo demostraría. No todos comprendían el patriotismo de ambos gobernantes. Por otra parte, Garzón estaba distanciado personalmente de Oribe y por eso no actuaba en el ejército que sitiaba a Montevideo.

³⁸ *La vida de un traidor*, historia de las andanzas de Urquiza hasta 1851, fue publicado ese año en folletín en *La Gaceta Mercantil* y el *Archivo Americano*; más tarde se recogieron tres de sus partes (consta de cuatro) en un volumen. Ignoro la causa de la omisión de la cuarta. En esta reedición, se la atribuye a Federico de la Barra. Pero Irazusta, con fundamento, lo atribuye a Pedro de Angelis. De cualquier manera, el redactor tuvo a su vista documentos facilitados por Rosas y el *Restaurador* corrigió las pruebas como lo hacía con lo publicado en ambos periódicos. De allí su gran valor histórico.

³⁹ La eliminación de Paz del ejército *Pacificador* no encuentra otra explicación que su obstáculo para crear la *República de la Mesopotamia* que, como veremos, Urquiza y Madariaga trataron de fundar con el apoyo de Ouseley y Paraguay. En cambio Paz seguiría las inspiraciones de Deffaudis, que quería acabar con Rosas llevando la guerra a occidente del Paraná.

El 28 de febrero en *Payubré* se produjo la sublevación. Los oficiales levantaron sus regimientos y fueron a apoderarse del parque; pero Francisco Solano, pese a su extrema juventud, consiguió imponerse. Cuando los sublevados se presentaron en formación de batalla, avanzó hacia ellos solo, les afeó su conducta en términos severos, hizo dar un paso al frente a los cabecillas y los fusiló delante de sus compañeros.

Don Carlos atribuyó la sublevación “a las pérfidas sugerencias de los elementos heterogéneos del ejército correntino”, y ordenó el regreso de la columna paraguaya a Asunción. “Payubré fue para él —dice Julio César Chávez— un toque de alarma que le obligó una vez más a volver sobre sus pasos y esta vez en forma irrevocable, y entrar de nuevo en las tinieblas del aislamiento”.

Urquiza entre Rosas y Ouseley.

Honthan y Trehouart estaban todavía en aguas correntinas al producirse la ruptura de la alianza y expulsión de Paz. No debió ser ajena la retirada de Urquiza a la posibilidad de reforzar Entre Ríos con vistas a la “república de la Mesopotamia”, porque vuelto a su provincia ordenó la movilización general para el 14 de marzo y la defensa de las poblaciones ribereñas del Paraná. Sin perjuicio de aceptar negocios con el convoy, y que su delegado Crespo fuese agasajado por los invasores en Paraná el 25 de mayo, en vísperas del *Quebracho*.

Misión Castro. A mediados de marzo Urquiza mandó a Buenos Aires a su pariente el mayor Juan Castro a informar verbalmente a Rosas sus gestiones con Madariaga “sin que lo supiese el salvaje unitario manco Paz” (todavía estaba éste al frente del ejército Pacificador), y unas presuntas bases propuestas al correntino: “no permitir que tocasen puerto los buques anglofranceses y que expulsase del ejército a los salvajes unitarios”. Cumplidos, “se reconocería al enunciado Madariaga como gobernador” reconociendo éste el Pacto Federal. Castro pidió fusiles, carabinas y pólvora para la movilización que acababa de decretarse de “todos los varones de la provincia entre 14 y 50 años”, diciendo que se había hecho “contra los anglofranceses”.

Arana se entrevistó con Castro. Hablaron el 24 de marzo: en nota de Arana a Urquiza del 11 de abril (se debió la demora a que fue sometida a Rosas), el ministro expresó que el Restaurador “no hace oposición a que el señor D. Joaquín Madariaga continúe en el mando de Corrientes”, pero como sostenía la *legalidad* del gobierno federal depuesto en 1843 (expatriado en Entre Ríos) se necesitaba el previo acuerdo de éste [“V.E. bien alcanzará la gravísima responsabilidad en que quedaría este gobierno ante la República y ante el mundo todo, si defiriese a ella (la proposición de reconocer a Madariaga) sin aquel indispensable requisito de la legalidad. Una contradicción tan injustificable, muy principalmente después de las contestaciones habidas con los sres. ministros de Francia e Inglaterra con motivo de la desastrosa intervención que han establecido en las cuestiones en la República Oriental, dejaría altamente comprometido su crédito exterior e interior”]. Rosas quería que ningún buque del convoy tocara los puertos correntinos “y los que lo hayan hecho deben salir en un término perentorio sin permitirles cargar”, y Madariaga “diese pruebas conspicuas e inequívocas de la sinceridad de sus disposiciones conciliatorias con... la entrega inmediata de los salvajes unitarios José María Paz, Juan Pablo López y los demás titulados jefes y oficiales... S.E. juzga esta medida muy precisa y necesaria a establecer una paz perdurable y neutralizar otros actos anteriores D. Joaquín Madariaga y su hermano Juan con que han disminuido la benevolencia y simpatía de los pueblos confederados”.

Urquiza contestó el 1 de mayo informando las buenas disposiciones de ambos Madariaga a los propósitos de Rosas, pero que Paz había fugado a principios de abril (antes de escribir Arana la carta).

Misión Morón. Sin noticias de Castro, Urquiza mandó otro comisionado a Rosas, el 2 de abril: Toribio Morón, para informar verbalmente “varios encargos que ha sido instruido”. Lo mismo que con Castro, fue atendido por Arana y no por Rosas. Morón habló de las buenas disposiciones de Madariaga y sus desavenencias con Paz que “presumía (Morón) por la correspondencia en que está con el general Urquiza”. Pero no era ése el objeto principal del viaje de Morón, sino decirle a Rosas de parte de Urquiza “que los gringos le habían propuesto defeccionarse de la Confederación, se formase una nueva República con las provincias de Entre Ríos y Corrientes cuya independencia y soberanía reconocerían, que lo socorrerían con el armamento y municiones necesarias, y que él sería el Jefe de dicha República”. Arana preguntó detalles de este “grave incidente”: quiénes habían hecho la proposición, si eran ingleses o franceses, que remitiese las cartas recibidas o diera detalles si había sido verbal, pero “sobre esto —dijo Morón— el general no le había hecho explicación alguna”.

Por orden de Rosas, Arana pidió a Urquiza el 13 de abril “un parte detallado de la carta o nota que haya sido dirigida a V. E. pretendiendo tan baja y tan ofensivamente seducirlo para que traicionase contra la Confederación, y si ha sido de palabra que explique cómo ha sido y por qué persona y personas”.

Urquiza contestó de manera extraña. El 5 de junio (Morón había vuelto a Entre Ríos a fines de abril) mandó una comunicación a Rosas fechada el 13 de abril (la misma de la nota de Arana) sólo conocida por el resumen de ella que Arana hizo a Rosas. Hace referencias allí a las proposiciones que le habría hecho Devoize por Jacinto Martínez y Ouseley por Francisco Legeren. “Es muy importante —dice Arana. Presenta la historia de las miras anárquicas y subversivas de los ministros Ouseley y Deffaudis de que antes había dado cuenta el general Urquiza. Deffaudis ha sido el más diablo; le colgó el milagro al cónsul francés. Sensible es que no nos haya mandado originales las declaraciones de los vecinos comerciantes de la Concordia, don Jacinto Martínez y D. Francisco Legeren”.

La propuesta de *los gringos* no puede ser otra que la hecha en nombre de Urquiza a Ouseley por Benito Chain “mientras la escuadra remontaba el Paraná (es decir, en noviembre)” que cuenta Chevalier de Saint-Robert en su libro citado. Urquiza, para salvar a Chain, y disimularse ante Rosas, hizo levantar una *sumeria* con fecha 12 de abril al coronel Galán sobre las conversaciones del cónsul Devoize con Martínez, y Ouseley con Legeren, que fueron posteriores.

Al tiempo de contestar a Rosas, Urquiza mandaba a su primo José María Castro (hermano de Juan) a Montevideo a hablar a Ouseley. Se sabe por la carta que Beatriz Bosch ha encontrado en el archivo histórico de Entre Ríos y publica en su inapreciable *Tratados de Alcaraz*: José María Castro informa a Urquiza: “El individuo... fue d. Pedro Irigoyen... fue a buscarme a casa (en Montevideo) y de la de éste pasamos a la de un comerciante llamado d. Diego Stuard, y con él fuimos a la del ministro inglés Guillermo Gore Ouseley, éste nos recibió en su sala y de ésta nos llevó a su escritorio y en él dio principio la larguísima conversación que te he insinuado, por sí y a nombre del ministro francés barón Deffaudis. Esto tuvo lugar el 19 ó 20 de junio... No concluiré sin decirte que me ha sido muy satisfactorio oír del ministro Ouseley lo siguiente: —*El general Urquiza es el único hombre de estos países que da pruebas inequívocas de civilización*”⁴⁰.

⁴⁰ La veracidad de una primera propuesta de Urquiza a Ouseley por medio de Chain en noviembre de 1845 (antes de retirarse de la Banda Oriental) que cuenta Saint-Robert en su libro citado, y reproduce *La vida de un traidor*, está avalada por la posición benévola que tomaron los inventores hacia el jefe del ejército de Operaciones.

En abril de 1846, según la srta. Bosch en su libro citado *Los tratados de Alcaraz* (erudito trabajo sobre los traspiés de Urquiza durante la intervención anglofrancesa), un comandante de la escuadra anglofrancesa, que no se nombra, llegado a Paraná después de la *Vuelta de Obligado*, consideraba que “con el levantamiento del Paraguay, Entre Ríos y Corrientes contra Rosas, este problema de la libre navegación del Paraná tendrá entonces probabilidades de solución”. La misma e infatigable investigadora, documentándose en

La República de la Mesopotamia.

Varela, con su indiscreción de periodista, anuncia públicamente en *El Comercio del Plata* el próximo pronunciamiento de Entre Ríos y su liga con Corrientes para “salvar el libre comercio y la libre navegación” (23 de junio). “El Entre Ríos —dice— es la provincia que está llamada a resolver más perentoriamente la cuestión del *derecho* respecto del extranjero, porque es la que domina, exactamente lo mismo que Buenos Aires, la boca de aquel río y la parte más baja de su curso navegable”⁴¹. *La Gaceta Mercantil*, ignorando los pasos secretos de Urquiza, lo defiende de la imputación del diario montevideano el 1 de julio: “La conducta del general Urquiza demuestra cuán torpes e infames son las alusiones de los papeles de Montevideo publicadas con el intento de excitar en los pueblos dudas y hesitaciones infundadas, e incapaces de existir en ningún corazón argentino”.

En mayo, mientras Rosas daba instrucciones a Urquiza para aceptar en la Federación, “si era digno”, a Madariaga, y la *Gaceta Mercantil* publicaba el 11 de mayo un elogioso editorial “sobre la buena inteligencia para reingresar en la Confederación” del gobernador de Corrientes, Madariaga escribe a Urquiza el 4 del mismo mes mostrando que los dos están en otra cosa: “Ahora no

trepido en asegurarle que mis deseos tienden a que el Entre Ríos y Corrientes formemos una masa indisoluble de la que V. debe persuadirse que será el primer hombre”. En la misma fecha Juan Madariaga incitaba a Urquiza a la demorada independencia de la Mesopotamia: “No vacile, mi querido general. Llegó el momento de que V.E. de un golpe *dé el ser a nuestra querida Patria, Entre Ríos y Corrientes, y se inmortalice su nombre*; los momentos son los más hermosos y oportunos y todo, todo, es para V.E.... Espero con ansias que V.E. dé la señal para *ese gran día*”. En carta del 26 de mayo después de hablar de la brillante oportunidad con la escuadra anglofrancesa ocupando el Paraná y el Uruguay: “Nada hay que embarace a V.E. a no desperdiciar la más bella de las ocasiones para que con elevada gloria obtengamos la dicha y sólida paz, que dé un venturoso porvenir a estos países”.

Madariaga, aliado de Paraguay, debe informar a López del paso que va a tomarse. En abril había mandado a Juan Bautista Acosta a Asunción para “acordar con el presidente López una pronta contestación a Urquiza en términos conducentes a desprenderlo del tirano a quien sirve”, explicar la cesantía de Paz, pedir se aumentase el contingente paraguayo a 5.000 infantes y 3.000 de caballería, y mandase un comisionado a Bolivia para interesar a Ballivian en la alianza contra la Confederación. Como hemos visto, López no quiso mantener la columna paraguaya en Corrientes, retirada a fines de abril, y Acosta debió volverse de Asunción. Fue allí entonces Juan Madariaga, en mayo, a “arribar a acuerdos que nos traigan la felicidad de Corrientes, Entre Ríos y esta República”, pero López desconfió, “no pudiendo presumir que dicho señor (Urquiza) quiera su honra y reputación manifestando sentimientos contrarios a su mira política”, y Juan también debió volverse.

Urquiza no se resolvía a “pronunciarse”, indudablemente porque el 4 de junio la escuadra anglofrancesa recibió el castigo del *Quebracho* y no parecía dispuesta a arriesgarse otra vez al norte del Paraná. El 16 Joaquín Madariaga quiere quitarle dudas:

“Nada recele de la intervención. Al contrario sus miras nos son favorables en cuanto al deseo de abrir nuestros canales al libre comercio que Buenos Aires ha monopolizado por tantos años. Considere Vd. a qué altura pueden llegar Entre Ríos y Corrientes gozando de esa franquicia en media docena de años de paz y de unión ¿qué será a la vuelta de doce y más allá?... Ánimo, pues, general: deseche de su grande alma mezquinos escrúpulos que no deben encadenarla, porque le privarían del destino permanente y glorioso a que es V. acreedor por lo mucho que puede hacer en pro de *nuestra patria*”.

En la misma fecha Madariaga presenta a Urquiza un plan: “Entre Ríos y Corrientes convienen en separarse de la Confederación Argentina hasta que ésta, en perfecta paz y libertad, reúna un congreso general que se dé su constitución, etc. Ambas provincias se conciertan para propender a ese objeto con todo su poder e influencia. El gobierno de Entre Ríos será el encargado de las relaciones exteriores”. La Mesopotamia no aparecería desgarrándose de la Argentina sino separándose *provisoriamente* hasta que se reuniese el congreso que Rosas no quería reunir. Mientras tanto, en uso de su soberanía Entre Ríos y Corrientes establecerían la libre navegación y el libre comercio con Inglaterra y Francia, y apoyadas en ellas resistirían la agresión de Rosas.

Urquiza parece que estuvo de acuerdo, porque se discutió fecha para una entrevista de ambos gobernadores, resolviéndose que fuese entre el 16 y el 20 de junio.

una carta del gobernador delegado Crespo a Urquiza del 27 de mayo (existente en el archivo de Entre Ríos), revela que los comandantes de los buques anglofranceses, en vísperas de ser escarmentados por los argentinos en las baterías del *Quebracho*, “rindieron honores” a las autoridades provinciales en Paraná el 25 de mayo y cargaron y descargaron de los buques del convoy mercaderías por cuenta de Urquiza. “En enero de 1846 —dice esa escritora— al marchar Urquiza a Corrientes permitió la entrada y salida de buques *sin averiguar su procedencia*”, eufemismo para disimular patrióticamente que se trataba de los buques del convoy cuyo comercio en los puertos litorales estaba prohibido. Una carta de Crespo a Urquiza, exhumada por la señorita Bosch, lo aclara. Crespo decía “prefiero pasar por medio pícaro y no por medio zonzo” (26 de marzo).

La srta. Bosch llama bondadosamente *ardides* los negociados comerciales de Urquiza y Crespo con los invasores. Después del regreso del convoy, ambos socios siguieron su contrabando con Montevideo con anuencia de los bloqueadores. El 4 de febrero de 1847 Crespo escribe a Urquiza: “Mi antejo está puesto exclusivamente sobre el canal que debe traernos plata y más plata, cuidando al mismo tiempo del crédito y mejor armonía del gobierno en sus relaciones”. A Urquiza, el *medio vivo* delegado le informaba que los embarques los hacía *con fianza* de no ir los buques a Montevideo, pero “hecha la ley hecha la trampa: puede meterse gran bulla con la fianza, y no ha de ser nada en sustancia. Esto es muy sencillo”. Sin haber declarado aún la independencia de la república de la Mesopotamia, Urquiza y Crespo actuaban comercialmente como si pertenecieran a un estado neutral en el conflicto de la Confederación Argentina con Inglaterra y Francia, y de paso se enriquecían comerciando con los enemigos.

⁴¹ Francisco Magariños, ministro de gobierno de Montevideo, escribe a Fructuoso Rivera que está en *Carmelo* el 24 de junio de 1846, sobre las comunicaciones de Urquiza y los interventores y las exigencias de éstos: “Ha llegado Chain y en virtud de la comunicación de V. desde las Vacas fecha del 7, el gobierno se propone acordar con los ministros y almirantes alguna disposición que satisfaga la justa exigencia de sus avisos, aunque sea de opinión de los primeros aguardar a conocer las miras de Urquiza que todavía se consideran misteriosas”.

No tuvo lugar. Urquiza mandó otra vez a principios de junio a Juan Castro a explicar a Rosas que “había probabilidades de llegar a un arreglo con D. Joaquín Madariaga” sobre las bases propuestas por Rosas, pero “los salvajes unitarios trabajaban mucho en Corrientes para inducir a Madariaga a que forme una República separada de la Confederación” aunque “él (Urquiza) estaba al alcance de todo y combatía tan péfidas y malignas sugerencias”. Aprovechaba para quejarse de Echagüe, que desde Santa Fe informaba a Rosas de los negociados con el convoy y que Urquiza trataba de separar a Entre Ríos de la Confederación. Rosas ordenó a Arana el 8 de julio que contestase a Castro “en forma muy expresiva de sustancia, y fundada en todas las razones que V.S. considere convenientes en tan grave y delicado asunto... que el general Urquiza en asuntos de esa naturaleza ha debido siempre, como debe ahora, comunicar al general Echagüe en el lenguaje más amistoso lo que sabe, y así amigablemente entren en las recíprocas explicaciones correspondientes”⁴².

Tras repetidos mensajes verbales llevados en junio y julio entre Madariaga y Urquiza por los coroneles José Antonio Madariaga y Benjamín Virasoro (correntino al servicio de Entre Ríos) quedó convenido el *pronunciamiento* indirecto. Corrientes ingresaría aparentemente a la Confederación, pero en un pacto secreto se reservaría derechos que Rosas no podría admitir, forzándolo a rechazar el tratado. Ante esa *intolerancia*, Corrientes y Entre Ríos se separarían “provisoriamente” de la Confederación en la forma indicada por Madariaga en su carta del 16 de junio.

Tratados de Alcaraz (15 de agosto).

Sin haber recibido las instrucciones de Rosas, el 13 de agosto Madariaga y Urquiza se entrevistan en *Alcaraz*, territorio de Entre Ríos. El mismo día Urquiza pasa una inocente nota a Madariaga acreditando a José Miguel Galán “para acordar y convenir con V.E. los medios adecuados al restablecimiento de la paz y armonía entre Corrientes y la Confederación Argentina”.

La nota hacía mención “a los deseos de los buenos americanos de poner término a los males de la guerra en que por una fatalidad vino a colocarse la provincia de Corrientes contra los derechos que ha proclamado y sostiene la Confederación Argentina”, y a “mantener sin mancilla su gloria y dignidad contra los avances y pretensiones exorbitantes con que se presentan los poderes de

La paz no se concertaba entre Urquiza como jefe del ejército de Operaciones y *delegado* del jefe la Confederación, y el gobernador de Corrientes que reingresaba a ella, sino entre “los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes”, Eran dos los tratados. El público establecía:

- 1) Paz entre ambas provincias y las demás de la Confederación.
- 2) “Olvido absoluto” del pasado.
- 3) Corrientes aceptaba el Pacto Federal y volvía a la Confederación.
- 4) Autorizaba al gobernador de Buenos Aires a manejar las relaciones exteriores.

Hasta ahí un tratado corriente que nadie podía objetar, salvo la formalidad de no hacerse invocando la representación de Rosas. El veneno estaba en el *tratado secreto*, firmado en la misma fecha, que condicionaba el reingreso de Corrientes a la Confederación Argentina a tres premisas:

- 1) La “obligación de resistir cualquier invasión extranjera” del artículo 2 del Pacto Federal, no regiría para la provincia “en la presente guerra contra el Estado Oriental *ni en las diferencias actuales con los gobiernos de Inglaterra y Francia*”.
- 2) No habría extradición de criminales, sino para quienes cometiesen delitos posteriores a la ratificación⁴².
- 3) El tratado con Paraguay “así como las relaciones de esta clase que tiene establecidas con los Estados vecinos (la R. Oriental) continuarán en el estado en que hoy se hallan, hasta que llegue el caso de los arts. 15 y 18 del referido tratado (*la reunión del congreso general federativo*) o que los altos intereses de la Confederación Argentina exijan otros arreglos a ese respecto”.

El tratado *secreto* anulaba al *público*. Corrientes mantenía el pacto con Paraguay contra “el tirano de Buenos Aires” y sus convenios con el gobierno de Montevideo contra Rosas, y se desligaba de toda obligación de contribuir a la defensa por la agresión anglofrancesa. Es decir: no había incorporación de Corrientes al Pacto Federal. No era necesario conocerlo a Rosas para descontar el estruendoso rechazo.

El tratado público fue comunicado por Urquiza a los gobernadores de provincias como gran acontecimiento nacional. Como aseguraba haberlo concertado *conforme a las instrucciones de Rosas*, las provincias lo festejaron.

La primera noticia de Alcaraz en Buenos Aires se tuvo por un transparente de la Sala de Comercio británico del 25 de agosto. Todavía estaba en Buenos Aires el comisionado de Urquiza, Juan Castro, a quien Arana había dado precisamente las instrucciones para que Urquiza firmase el pacto en nombre de la Confederación. Castro, de buena o mala fe, fue el primer sorprendido. El 26 de agosto llegó a Buenos Aires Galán con los textos de ambos tratados y una carta de Urquiza a Rosas recomendando a Madariaga “por su franqueza, honradez y patriotismo”.

En Montevideo se supo perfectamente qué había detrás del convenio. El 29 de febrero de 1848 Manuel Herrera y Obes, ministro de relaciones exteriores de Montevideo, escribiría a Andrés Lamas, enviado en Río de Janeiro: “Si usted calcula que el Imperio se prestará a la plantificación de nuestros proyectos, recomiendo a usted mucho la insistencia *en que el Paraná sea el límite de la República Argentina*, y que para obtenerlo asoma el Brasil la iniciativa del pensamiento en los próximos arreglos. Urquiza, téngalo usted por cierto, acepta, desde luego, la proposición. *Este arreglo era la base del convenio de Alcaraz. Yo se lo garanto o usted*”.

⁴² No era ingenuidad de Rosas. Pero en julio de 1846 no estaba en condiciones de romper con Urquiza como se lo pedían Echagüe y Mansilla. Esperaba llevarlo a que rompiera con los interventores, repitiendo el mismo juego empleado con Ibarra en 1839. Francia e Inglaterra en las riberas del Plata”. Invocaba el “previo conocimiento y aprobación del Excmo. señor gobernador y encargado de las relaciones exteriores” para que el convenio se perfeccionase.

⁴³ Se debía a Francisco de Álzaga (hijo del alcalde de la Defensa), que había cometido un crimen en Buenos Aires en 1828, y refugiado en Corrientes gozaba de la protección de los Madariaga.

Hood en el Río de la Plata.

A poco de despachado Galán a Buenos Aires, llegó a Entre Ríos una información que obligará a Urquiza a dar marcha atrás en el pronunciamiento y la segregación proyectada. A lo menos por el momento.

Estaba en Buenos Aires, desde los primeros días de julio, el ex cónsul británico en Montevideo Tomás Samuel Hood aunque no había trascendido el objeto de su viaje. Los diarios de Montevideo descansaban en la confianza —como dice José Luis Bustamante— - que Francia e Inglaterra “una vez recogido el guante arrojado por Rosas en Obligado, no se detendrían en sus operaciones”. Pero a mediados de agosto se supo en Montevideo que Hood había venido a tratar con Rosas y Oribe nada menos que el retiro de la intervención. La noticia llegó a Entre Ríos cuando Galán estaba ya rumbo a Buenos Aires con las malhadadas cláusulas de Alcaraz en la cartera; el 26 llegaba el comisionado a Buenos Aires. Al encontrar en retirada la intervención anglofrancesa, Galán debió confesar que en Alcaraz “se había hecho un barro” y trató de borrar con el codo lo escrito con la mano.

La misión Hood hizo fracasar, pues, la segregación de la Mesopotamia.

4. BRASIL SE ACERCA A LA CONFEDERACIÓN

Brasil en 1845: la esclavatura.

En enero el gabinete Macahé estaba a la espera de la misión de Abrantes, sin que el canciller Ferreira França se decidiera a aceptar los convenios de tráfico y comercio.

Inglaterra gestionaba que en el tratado de tráfico fuese efectiva la represión de la esclavatura. El antiguo, próximo a expirar, daba jurisdicción a dos tribunales mixtos, en Río de Janeiro y Sierra Leona, para juzgar a los culpables de llevar esclavos a Brasil. Como la sola prueba legal de la trata era la existencia de africanos en el buque presuntamente negrero, bastaba a sus capitanes tirar la carga a los tiburones al acercarse un crucero inglés, para que no se los pudiese condenar. Los jueces brasileños de los tribunales mixtos se negaban a aceptar *indicios*, aunque fuesen tan visibles como las cadenas para amarrar esclavos, o la estructura especial del navío portador de carne negra.

El tráfico no había tenido mayor importancia en 1827 —al firmarse el tratado— por la gran población esclava de Brasil que bastaba a satisfacer las necesidades de los *engenhos* y algodones. Pero desde entonces la estructura económica había cambiado: el desenvolvimiento del café en Río de Janeiro, Minas Geraes y sobre todo San Pablo exigía brazos serviles en cantidad abundante, que la gran natalidad de los negros nativos no alcanzaba a proveer.

El café brasileño había conquistado el mercado mundial y en 1836 proveía un tercio del consumo total. Contra su baratura nada podían los granos de Turquía, Malasia y Jamaica elaborados con mano libre. El tráfico, prácticamente extinguido en Brasil hacia 1830, volverá a renacer más potente que nunca. Los traficantes, generalmente portugueses, estaban organizados, poseían lugares clandestinos de embarques en África para escapar a la vigilancia de los cruceros ingleses, y puertos igualmente clandestinos en Brasil. Sus navíos, ligerísimos y de reducido porte, se disimulaban en el mar, y un eficaz sistema de informaciones alertaba a sus capitanes.

El tráfico aumentó considerablemente, puede decirse vertiginosamente, desde 1835. La entrada media anual de negros no bajó de 45.000 y hubo años que llegó a 60.000. La organización de los traficantes, no por tenebrosa, era menos potente: disponía de dinero de sobra para comprar periódicos, votos y jueces.

Debe entenderse que la defensa del tráfico no se hizo sólo por corrupción. La base de la economía brasileña estaba en la esclavitud —la “institución peculiar”— y su supresión hubiese significado la ruina del monopolio de café. También era el esclavo la base del sistema social y político. Bernardo Pereira de Vasconcelos decía en el senado paradójicamente que *África civiliza* dando a Brasil su potencia económica, sustentando el régimen aristocrático y permitiéndole liberarse de la tutela británica.

Aberdeen notificó a Abrantes que Brasil sólo sería admitido en la empresa del Plata si prorrogaba el tratado de comercio y renovaba el de tráfico. Era un precio alto, y los brasileños no estuvieron dispuestos a pagarlo. Con mayor razón porque suponían, como informaba Abrantes, que Inglaterra necesitaba de Brasil para sus operaciones en el Plata, y creyeron que las exigencias eran un *bluff* para sacar adelante los tratados.

Ferreira França daba largas a la renovación del convenio de tráfico: sonreía, prometía, estudiaba, sin llegar a nada efectivo. Se equivocaba porque los ingleses no querían la colaboración brasileña en el Plata. Ni Peel ni Aberdeen iban a compartir ganancias con un socio tan codicioso. Si llevaban a Francia de remolque, para disimular como cruzada humanitaria la empresa imperialista, era porque se contentaban con un poco de estrépito y de humo. Pero los brasileños no eran los *chauvins* franceses.

En enero Hamilton recibió instrucciones de entretener a Ferreira França sin concertar nada; algo igual llevó Ouseley al embarcarse en febrero para Sudamérica.

Repercusión de la misión Abrantes en Brasil.

En marzo trasciende en Río de Janeiro la verdad sobre la misión de Abrantes. Un periódico indiscreto de París publicó el *memorial* a Aberdeen con perjudiciales comentarios. Abrantes habría ido a Europa a *gestionar*, y acababa de *obtener* la intervención. Guido, que ya lo sabía porque Rosas tenía en su poder copia de las instrucciones a Abrantes, interrogó a França a mediados de marzo “y el señor Ernesto —informa el ministro argentino— me negó redondamente haberse dado esas instrucciones al vizconde”. Pero Guido sabe a qué atenerse, y más lo sabe Rosas.

El 31 de marzo se discute el presupuesto en la cámara de diputados brasileña y França es interpelado por el diputado Ferraz; el pretexto son los gastos militares, el objeto la política belicista.

Menciona el traslado de Paz, “una grande traición del Imperio ante la Confederación Argentina”, afirma que el “gobierno nutre deseos de guerra contra Buenos Aires” como lo demostraba el aumento de la estación naval en Montevideo y las palabras agresivas del ministro de marina Cavalcanti. Niega França: sólo hay “malentendidos”.

Se menciona a Abrantes. França asegura que ha ido a Europa con una inocente misión al *Zollverein* “pero los papeles públicos hicieron muchas conjeturas”. Antonio Carlos de Andrada e Silva sale en defensa del acorralado ministro en la sesión siguiente —1 de abril— después de rendir un prudente homenaje al “carácter enérgico y eminentemente americano del jefe de la nación argentina”: Brasil “no podía estar ausente del Río de la Plata en momentos de jugarse tantos intereses, Brasil es la primera nación del continente sudamericano y tiene el derecho y el deber de participar”, dice Andrada.

La *Gaceta Mercantil* se hace eco de “la traidora misión del vizconde de Abrantes equivalente a una desleal ruptura de relaciones”, mientras el gabinete brasileño, esperanzado todavía en participar de la coalición ha seguido negociando, en abril, el tratado leonino de límites con el agónico gobierno de Montevideo. Guido se queja a França en abril que no se hubiera desarmado e internado a Rivera; también de la actitud en Río Grande y Santa Catalina de muchos refugiados unitarios. El canciller brasileño acusa recibo, pero no explica ni se disculpa.

Rosas, que en prueba de la doblez brasileña ha publicado en la *Gaceta* del 15 de enero de 1846 el desconocido tratado del 24 de marzo de 1843 (que ha producido estupor a los montevidianos), lo reproduce el 4 de marzo.

Renuncia de França (mayo).

Ha pasado Ouseley por Río de Janeiro en abril, y ni siquiera pagó la visita de cumplido que le hizo França. En cambio no pareció desprenderse de Guido a quien agasajó cotidianamente. La deliberada descortesía hizo comprender a Pedro II que la renovación de los tratados era previa a la participación brasileña, y los últimos informes llegados de Abrantes dicen que no hay, ni habrá, participación alguna: la intervención irá contra los intereses de Brasil porque Aberdeen y Guizot instalarían una *factoría* en la boca del río de la Plata, protegerán las nuevas repúblicas de Paraguay, Corrientes y Entre Ríos y dibujarán sus límites con exclusión del Imperio. La expansión brasileña al sur quedaba cerrada con barreras custodiadas por cañones Peysar.

Después de una espera prudencial, y como Ouseley ha seguido viaje a Montevideo sin concertar la alianza brasileña, el emperador convoca al Consejo de Estado. Debe variarse radicalmente la política: nada de buscar apoyos en Europa; los intereses de Brasil están en América y su mayor enemigo es Inglaterra con su idea fija de abolir la esclavatura y mantener los privilegios de 1827.

Macahé, jefe del gabinete, renuncia, pero Pedro II lo confirma: bastará que se fuera França a quien podía colgársele exclusivamente la misión de Abrantes. El 26 de mayo, França deja la cancillería que ocupa Limpo de Abreu, el más destacado jurisconsulto *luzia* y presidente del Club Liberal.

Rosas ordena romper relaciones (junio de 1846).

Al saber Rosas en noviembre de 1845, que Pimenta Bueno había reconocido la independencia de Paraguay, ordenó a Guido que rompiera relaciones con Brasil. Guido, pacifista, requiere explicaciones a França, que atribuye la misión de Pimenta Bueno al belicismo *saquarema* (todavía no había trascendido la misión Abrantes). Promete dar “una explicación satisfactoria”, porque Brasil no podía aceptar la guerra con la Confederación hasta no asegurarse el apoyo que Abrantes gestionaba en Europa en esos momentos.

Guido consulta a Buenos Aires el 20 de diciembre, y Rosas por la pluma de Arana le ordena una amplia desautorización de Pimenta. El 21 de febrero Guido presenta la nota:

“La Confederación Argentina no le da fuerza ni valor alguno (al reconocimiento de la independencia de Paraguay) y en ninguna circunstancia tendrá por válidos y subsistentes cualesquiera actos que en aquella razón se practicasen, ni prestará atención a las pretensiones y reclamaciones que sobre él se promoviesen”. En *nota verbal* adjunta pide que se desconozca lo hecho por Pimenta, bajo amenaza de romper relaciones e ir a la guerra.

França no contestó, ni pudo hacerlo; se limitó a acusar recibo y dar largas a una respuesta. En marzo tratará de escurrírsele a Guido (como hemos visto), cuando éste le pidió explicaciones sobre lo de Abrantes. En abril Rosas, que ha tomado la misión del vizconde como una “ruptura desleal”, insiste que Guido pida sus pasaportes, pero al recibir éste las instrucciones, França ya no es más canciller y Limpo de Abreu lo sustituye. “Había reemplazado el indolente França —explicará Guido— un estadista de opinión decididamente americana y en abierta oposición a la intervención extranjera”. Pero Rosas exige, a pesar de eso, el rompimiento de relaciones (16 de junio), y Pedro de Angelis escribe a Guido el 19 de junio: “Véngase con su familia, y si no está preparada, adelántesele; pero no se quedo en Río de Janeiro. Haga un manifiesto vigoroso; lo único que se le pide es que se *despida de usted con brío*”.

Despedida con brío (agosto).

Limpo de Abreu era un gran jurista, y un hombre laborioso. Al hacerse cargo de la cartera de Extranjeros encuentra once reclamaciones argentinas sin contestar. Además de la motivada por el reconocimiento del Paraguay, está la del traslado de Paz, protesta por las palabras de Canabarro al deponer los *farrapos* las armas, por las actividades políticas de los emigrados unitarios en Río Grande y Santa Catalina, no haberse internado a Rivera, salir don Frutos con armas de territorio brasileño antes de *India Muerta*, por las actitudes de Sinimbué en Montevideo (acababa de decir éste en la Cámara de Diputados, contra lo expresado por Paulino, que “cumplió fielmente instrucciones”). Le pide a Guido que postergase una actitud hasta no contestarle sus notas. Empieza, el 29 de julio, por la de Paraguay. Largo documento lleno de citas donde demuestra —abogado siempre— que la independencia paraguaya se declaró en el tratado de 1811 entre las juntas de Buenos Aires y Asunción, y por tanto “Buenos Aires la ha reconocido desde esa fecha”; lo de 1842 fue apenas una oficiosidad sin importancia, simple formalidad “sugerida por extranjeros” para encarrilar jurídicamente una independencia preexistente y aceptada por la Confederación. La amistad de ésta y el Imperio no podía interrumpirse por un episodio intrascendente sin propósito de ofender a nadie.

Guido responde el 17 de agosto rompiendo relaciones:

“El gobierno de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, ha llegado a convencerse, con sumo pesar, de que su legación en esta corte no puede ya cumplir sus importantes designios por las dificultades que le opone la política inesperada del gabinete de Brasil... Desistió el infrascripto de pedir sus pasaportes en diciembre último, como se lo ordenaba su gobierno halagado por las serias promesas del señor França”.

Sobre la independencia de Paraguay deja constancia que desde 1843 se expresaron las “poderosas razones” que obstaban a su reconocimiento por el gobierno argentino, y “a cambio de efímeras ventajas” Brasil hizo “un reconocimiento prematuro de una nacionalidad ambigua”. Se queja porque Brasil abandonó su misión de garante de la independencia oriental “retratando su juicio las cinco veces que lo solicitó esta legación”; se pregunta “¿el gobierno de S. M. Imperial habría querido adormecer la confianza de la Confederación con fingidas protestas, mientras no encontraba en Europa la cooperación de potencias marítimas...?”, y termina los cincuenta pliegos del documento:

“No considerando el gobierno de la Confederación Argentina útil ni propio conservar en esta corte un ministro encargado de una amistad que no es correspondida mutua, ha dado órdenes al infrascripto para que pida sus pasaportes... Lo que hago impelido por el honor de la Confederación, cuyos altos destinos se fundan en su justicia para con todas las naciones, en su firmeza para reclamarla, y en confundir su fortuna con la ventura y gloria de los pueblos de América”.

¡Era despedirse con brío!

¿Acuerdo de caballeros? (20 de agosto).

La fuerte nota fue dejada en la cancillería el 19. El mismo día Limpo de Abreu escribe una esquila a Guido pidiéndole —inusitado en la diplomacia— que “le haga el honor de recibirlo el día de mañana en horas de la noche”. El 20 de agosto, a la noche, el ministro de extranjería se presenta en la legación argentina de la rúa Matacavallos. Viene en amplio son de paz: hablando se entiende la gente.

“Tendría mis pasaportes y estuviera en esa capital —explicará Guido en un detallado memorial del 20 de diciembre— si el ministro de relaciones exteriores, avalorando la trascendencia de este paso, no hubiera querido expedirlos. No insisto, en verdad, delante del aspecto enteramente nuevo que tomaban los negocios del Río de la Plata”.

Limpo habló claramente a Guido. El Imperio no tenía interés en una guerra contra la Confederación Argentina; menos del brazo de Inglaterra cuyos frutos, en caso de victoria, los recogería exclusivamente Gran Bretaña. Tampoco quería hacerlo, porque con la agresión europea acababa de despertarse un gran sentimiento de solidaridad americana traducido en los periódicos, en el parlamento, en los mítines públicos. Quizá mostró a Guido las notas de Abrantes; tal vez habló de los problemas con Inglaterra por el tráfico y el tratado de comercio, o le reveló que el consejo de Estado, con presencia del emperador, había resuelto un vuelco completo a la política y por eso se encontraba en la cancillería en reemplazo de França. Prometió —y así lo hizo— retirar la escuadra brasileña de Montevideo, no ratificar el tratado de alianza con Paraguay, y vigilar a los emigrados unitarios. El reconocimiento de la independencia paraguaya era un *fait accompli* de difícil reversión, un traspies desdichado que no podía enderezarse; pero el gobierno se desentendería de Paraguay. Por lo pronto no cumpliría la promesa de gestionar su reconocimiento en las cortes europeas vinculadas al emperador, no habría representante diplomático del Imperio en Asunción, y tampoco se admitiría un paraguayo en Río de Janeiro.

Wise, ministro norteamericano, dice que influyó ante Limpo: “Los Estados Unidos no pueden mediar —informa a Buchanan el 6 de setiembre—, sólo puede aconsejar que el gobierno del Imperio no permita partir a Guido... la guerra entre ambos países es exactamente lo que los europeos deseaban” (Cady). Es presumible que el norteamericano quiso vestirse con las plumas del grajo.

El resultado de la conferencia de la rúa Matacavallos (o de la gestión de Wise) fue que Limpo no dio los pasaportes pedidos por Guido, pero éste tampoco retiró su fuerte nota de ruptura hasta saber la opinión de Rosas sobre el *gentlemen agreement* concertado con el canciller brasileño la noche del 20 de agosto. Mandó a su hijo Carlos Guido y Spano a informar a Buenos Aires del “nuevo estado de cosas”. El 24 de octubre Francisco Beláustegui, cuñado y secretario de Arana, escribe que Carlos ha llegado “y volverá con las contestaciones”. El 31 Arana por orden de Rosas da la respuesta. Perfectamente: pueden seguir las relaciones con Brasil siempre que los *brasileros* anduviesen derechos⁴⁴.

La opinión en Brasil.

El 14 de setiembre Guido escribe a Oribe: “Desde un mes a esta parte el sentimiento de la cámara de diputados se ha manifestado completamente americano, el ministerio ha vuelto la espalda a la intervención, su escuadra debe estar navegando de regreso a este puerto (Río de Janeiro), el consejo de Estado y el gabinete discuten actualmente otras demostraciones... Comprenderá usted ahora el misterio de mi permanencia en Brasil... Escribo al general Rosas que la opinión favorece decididamente la noble decisión de las repúblicas del Plata”.

⁴⁴ Hubo un incidente que estuvo por entorpecer el *gentlemen agreement*. La nota de ruptura del 17 de agosto había sido llevada por Guido a una imprenta para publicarla como *despedida con brío* de Brasil. Retiró la edición después de la conferencia del 20, pero uno de los ejemplares fue sustraído llevado al *Jornal do Commercio*, periódico de la oposición, que la publicó añadiendo por su cuenta que el canciller había pedido infructuosamente a Guido su retiro. La prensa entera puso el grito en el cielo.

Limpo explicó a Guido que no podía prescindir de contestarla públicamente, asintiendo el argentino por la delicada situación del canciller. Limpo publicó la respuesta el 4 de noviembre. “La contestación (del canciller) ofrece ancho campo para una discusión —dice Guido a Buenos Aires— pero he juzgado imprudente entrar en ella en las circunstancias actuales”.

Una ola de entusiasmo americanista se ha desatado en Brasil. Todos, *saquaremas* y *luzias*, aristócratas y pueblo, siguen de cerca las incidencias de la intervención europea en el Plata y toman partido decididamente por la Confederación Argentina.

“El cañón europeo —clama *O Brasil*, el diario de los *saquaremas*, el 19 de agosto— va a decidir en el Río de la Plata los más caros intereses de América del Sur. ¡Y a las barbas de Brasil van dos potencias extranjeras a establecer el principio de intervención armada en desavenencias que no les conciernen!”.

O Sentinella da Monarchia y Correio Mercantil, encabezan en Río de Janeiro la campaña en favor de la Argentina; los siguen *O Grido de Amazonas* de Pará, *Guaycurú* de Bahía, *O Publicador* de Bello Horizonte: “Nos llamarán rosistas —vibra *Grido de Amazonas* el 9 de agosto— ¡somos americanos!”.

El prestigio del Restaurador va creciendo a cada desacuerdo de los interventores; el eco de *Obligado* será largo y persistente. Paulino, el enemigo de Rosas, saluda desde su banca de diputado opositor “al grande hombre de América” y dama contra los *luzias* que mandaron a Abrantes a Europa. Andrada hace el elogio de Rosas; Hollanda Cavalcanti, el ministro de marina que había mandado la escuadra a Montevideo, “conviene de pleno —dice Guido el 20 de diciembre— en la conveniencia de estrechar relaciones para resistir a la prepotencia europea”. Bernardo de Vasconcellos es en el senado el constante admirador de Rosas: “Nuestro enemigo (Inglaterra) es también el suyo” dice. Francisco Ge Acabaia de Montezuma, vizconde de Jequitinhonha —uno de los políticos más talentosos de Brasil—, lo acompaña desde su banca de senador por Bahía⁴⁵. “¿Qué nos importa que la Confederación Argentina absorba al Estado Oriental? ¿Qué tenemos que ver con eso?”.

Ante esta desbordante solidaridad es comprensible que Guido haya dejado de lado las dificultades. Aprovecha el americanismo ambiente para fundar un periódico, *O Americano*, voz de la legación.

Órgano oficioso pagado por el gobierno argentino. Las rendiciones de cuentas, conformadas por Guido, se pasaban a Rosas que las aprobaba personalmente con su habitual meticulosidad. Su director era el Dr. Valle Cudré, y redactor principal Antonio Gonçalves Dias, retribuidos con 150.000 reis mensuales. Muchos de sus artículos de excelente redacción (puede conjeturarse la pluma de Guido traducida al portugués) los reprodujo el *Archivo Americano*.

El bill Aberdeen (agosto de 1845).

En marzo de 1845 ha vencido el tratado de tráfico sin que França primero, y Limpo después, hicieran nada por renovarlo. Cesaban por lo tanto las visitas de los cruceros ingleses a los buques negreros y las comisiones mixtas que, a pesar de no aceptar los indicios como prueba de la trata de negros, algo significaban para trabar la importación de africanos.

El 8 de agosto el parlamento inglés vota a iniciativa del canciller, una ley que resonará como una bofetada en Brasil. Daba facultades “a cualquier autoridad dependiente de la reina para visitar *cualquier buque que navegue en alta mar*, y apresarlo si lleva esclavos, o por *convicciones razonables* se establece que se ocupa del tráfico”. Los culpables tendrán la pena de horca como piratas; los negros liberados serán llevados a Jamaica arrendándolos por siete años a los plantadores a fin de “enseñarles a ser libres”.

Por humanitarios que fuesen sus propósitos (a pesar de la parodia de los “esclavos libres”) el *bill Aberdeen* o *brazilian act* constituía un atropello liso y llano a la soberanía brasileña. Inglaterra era la dueña de los mares e imponía en ellos su ley sin respetar banderas ni formas procesales. Limpo protesta el 22 de octubre por la enormidad de atribuirse Inglaterra una jurisdicción “en súbditos y propiedades extranjeras que navegan bajo bandera brasileña”. Hamilton ofrece que Brasil, para salvar su soberanía, delegue su jurisdicción “en cualquier oficial dependiente de la reina”, porque no era lo mismo arrogarse un derecho que usarlo por delegación.

La naturaleza del tráfico negrero hace que los periódicos, fuera de contadas excepciones conjeturablemente financiadas por la empresa traficante, callen el *brazilian act*. Pero la indignación es grande y se canalizará en una mayor oposición a la intervención en el Plata.

El *bill* no se aplicará, por el momento, a la espera que Brasil tome medidas para reprimir seriamente el tráfico.

Fructuoso Rivera en Río de Janeiro (marzo de 1846).

Don Frutos había sido llevado a Río de Janeiro a poco de su derrota de *India Muerta*. En el primer momento su recepción fue amable y hasta consiguió que el emperador lo recibiera. Pero a fines de julio encuentra el ambiente cambiado y quiere volverse. “En virtud de que al gobierno de S. M. el emperador no le conviene tomar ninguna parte en la guerra que agita a mi patria”, comunica, “he resuelto retirarme de esta corte”. Pide sus pasaportes, pero como respuesta el antiguo barón de Taenarimbó será encerrado en una fortaleza.

En Montevideo: la “asamblea de notables” (febrero de 1846).

En Montevideo las cosas no andan bien para el poderoso ministro. Santiago Vázquez, dueño, junto con Florencio Varela, de la voluntad de Joaquín Suárez. Se ha despertado una seria oposición al predominio que a través de Vázquez tienen los emigrados argentinos; algo también contra los interventores que tratan a guantazos a los montevideanos.

Para herir la oposición que siente en su tomo, Vázquez da un decreto el 14 *disolviendo* el remanente de las cámaras legislativas (que legalmente habían cesado en 1843 y no pudieron renovarse por el sitio)⁴⁵, reemplazándolas por una *asamblea de notables* encargada “de velar por la constitución y las leyes”. La integrarían los miembros de la

⁴⁵ Montezuma era mulato, hijo de una esclava negra. En Brasil no había mayores prejuicios raciales, y no los tuvo el emperador que otorgó distinciones a ilustres figuras de sangre africana: el vizconde de Jequitinhonha, senador por Bahía, Manuel de Asís Mascarenhas, senador por Río Grande del Norte, el barón do Cotegipe, ilustre político de los tiempos de la guerra del Paraguay.

⁴⁶ Oribe, como he dicho, hizo elegir en 1843 sus cámaras legislativas que funcionaban en *Villa Restauración*, junto al Cerrito.

antigua legislatura, y además los ministros, jueces, y principales clérigos y militares. Las antiguas cámaras eran opuestas a Vázquez, y al incorporarles los *notables* se aseguraba una mayoría.

Joaquín Suárez seguía en la presidencia, que usufructuaba como *presidente del senado* disuelto. Nadie reparó en ese contrasentido, como tampoco que se disolvía un cuerpo de origen constitucional reemplazándolo por otro elegido a pluma “para velar por la constitución”.

Rivera en Montevideo (marzo de 1846).

El gobierno brasileño mantuvo a Rivera en una fortaleza para impedirle ir a Montevideo. A fines de agosto (de 1846) se recibe una nota de Vázquez — fechada el 10— apesadumbrado “por la detención injusta que sufre el general Rivera en esa corte”, pero advirtiendo que “sería aventura impolítica la presencia del general Rivera en esta capital”. Mejor estaban los doctores de Montevideo sin el difícil don Frutos.

Ese interés que no fuese Rivera, debió decidir a Limpo a mandárselo como un presente griego. En Montevideo quisieran que Rivera fuese a Paraguay, como otro Artigas, y le llevan un nombramiento de ministro plenipotenciario en Asunción (1 de enero de 1846). Aprovecha Limpo para darle pasaporte —Guido protestará por fórmula, pero debió estar en el juego—, pero en vez de conducirlo por tierra a Asunción, lo embarca en un bergantín español rumbo a Montevideo. “Como peludo de regalo” caerá el *pardejón* a Montevideo el 18 de marzo. Vázquez, apoyado en los interventores, no lo deja desembarcar mientras “no prestase sumisión al gobierno de la república”. Como Rivera no lo hace, Vázquez dicta su cesantía y lo comunica en el bergantín español hasta que “se aleje de las playas de la República en el buque que se le designará”. Su propósito era mandarlo a Europa, pero Rivera no quiere irse tan lejos: “A Europa, decididamente, me niego a ir”, informa a Vázquez. Trata que se lo lleve a Paraguay y pide hablar con los interventores. Ouseley está a su favor, pero Deffaudis responde el 23 “que a esa conferencia se oponían las mismas consideraciones políticas que obstaban a que el general Rivera bajase a tierra”.

Corre por la ciudad que el caudillo será mandado a Europa, y las guarniciones se agitan. “¡Es el jefe que necesitamos!” claman los enemigos de Vázquez. Enrique Martínez y otros militares conspiran una sublevación, y Vázquez toma medidas rigurosas: mete presos a los amigos de Rivera, ordena el patrullaje de las calles con las tropas de línea que responden al ministro de guerra Melchor Pacheco y Obes, enemigo de Rivera, y cierra los diarios de Magariños y Bustamante que apoyaban a don Frutos.

Revolución del 1 de abril.

No puede atribuirse la conspiración al mismo Rivera, que sólo pide que lo lleven a Paraguay. Anda en ella su esposa, doña Bernardina Frago, mujer de temple y decisión.

En la noche del 1 de abril se sublevan los oficiales del regimiento 4 (de negros) que matan a su jefe, el mayor Vedia, y a los oficiales *melchoristas*; ponen en libertad a Enrique Martínez y a los opositores al ministro Vázquez. En las barbas de los interventores y ante las fuerzas sitiadoras (que han cesado el fuego) ocurre una revolución. Los sublevados a los gritos “¡Viva el general Rivera! ¡Mueran los porteños!” se posesionan de la plaza matriz. Inútilmente Melchor Pacheco quiere reducirlos con el n° 3 y la *legión argentina*: se combate en las calles mientras el gobierno se asila en las legaciones de los interventores. En la capitanía del puerto es matado el coronel Jacinto Estivao, el más fuerte sostén del gobierno.

Ouseley desembarca los regimientos británicos para defender las trincheras desguarnecidas y Deffaudis hace bajar a los infantes de marina franceses, mientras los sitiados pelean entre sí. Ordena Deffaudis a Thiébaud que reprima a los suyos, pero los legionarios no le obedecen.

Toda la ciudad está en confusión. Se combate el 2, 3 y el 4 en que la *legión argentina* mandada por Gelly y Obes (nacido en Buenos Aires, hijo de padre paraguayo y madre oriental) acaba por refugiarse con los últimos gubernistas en los buques franceses. Donde ya están Melchor Pacheco, César Díaz y otros jefes *aportañados*.

Venancio Flores aparece como jefe militar de la revolución. Los revolucionarios están aparentemente triunfantes, pero Deffaudis baja más fuerzas de los buques franceses. Posiblemente va a asumir directamente el gobierno, porque el presidente Suárez ha acabado por aceptar a Rivera (que el 5 es liberado de su buque). Ouseley e Inglefield también resuelven entenderse con don Frutos que les promete, como siempre, trabajar a sus órdenes. Deffaudis y Lainé se ven obligados a seguir a los ingleses.

El 6 se establece el gabinete *riverista*. Magariños es ministro de gobierno y don Frutos “general en jefe de todas las fuerzas”.

El objeto oculto de Rivera era entenderse con Oribe para hacer la paz. Desde Río de Janeiro, con José Luis Bustamante, había hecho aperturas al jefe del Cerrito. Oribe habría respondido que “no concluiría arreglo alguno mientras la ciudad estuviese en poder de las armas extranjeras”, pero don Frutos esperará “que las cosas maduren”. Mientras tanto hará el juego de los interventores, porque no puede hacer otra cosa.

La influencia de Rivera.

Las apetencias de Rivera eran las de siempre. *General en jefe*, lo primero que hace es pedir plata “para salir a campaña”; el gobierno no la tiene porque Vásquez había vendido las entradas de aduana *hasta* 1848 a Lafone y Cía., y Ouseley debe dar “una gruesa suma”. A fin de mes Rivera necesita más dinero, y naturalmente lo vuelve a pedir, pero —le dice su ministro de hacienda— “nada les he podido sacar” (a los interventores) sino con la sola promesa de que el general se pondría en campaña. Ouseley quería hechos, porque en la costa del Uruguay se mantienen dificultosamente Colonia y el Salto (donde Garibaldi venció en *San Antonio* el 8 de febrero a una división blanca). Le pide a don Frutos que vaya allí y apoye la futura conversión de Urquiza.

Rivera fue llevado a Colonia a principios de mayo en buques ingleses, con 400 hombres de refuerzo. Dejó a Venancio Flores y pasó a *Carmelo* que fortificó; tomó *Mercedes* el 14 de junio al jefe blanco Jaime Montoro que perdió 400 hombres y mucho armamento. Desde su llegada a Carmelo está en comunicación con Urquiza.

La campaña no era solamente de guerra: se necesitaban alimentos y era necesario buscarlos. Los robos de hacienda en el campo y saqueos en las ciudades eran alentados por los mismos interventores: “He hablado con los ministros —escribe el 5 de junio Francisco Magariños a Rivera— sobre el armamento que se harán cargo de pagarlo *tomando para su reembolso ganado, del que usted tiene*”. “Sale don Agustín Almeida —escribe el 24 de junio— a hacerse cargo de conducir lo que quieran mandar a ésta de lo tomado al enemigo... porque eso ha parecido más arreglado y expeditivo para ir en armonía (con los interventores)”. El 11 de junio escribe a Rivera el ministro de hacienda, Béjar: “Los interventores han dicho que tomarían ganado para cobrarse su importe”, y el 5 de julio: “Ayer se acordó avisar a V. que para cubrir el contrato de armamentos, se debe entregar su valor en cueros y ganado a orden de los ministros y almirantes”.

5. MISIÓN HOOD

En Londres: pedido de explicaciones argentino (3 de diciembre).

Moreno debió recibir en los últimos días de noviembre la nota de Arana del 17 de setiembre (de 1845), ordenándole una satisfacción *amplia* por la conducta de Ouseley. El 3 de diciembre deja en el *Foreign Office* una formal y fuerte protesta.

Recapitulaba los *deplorables sucesos* de la misión Ouseley y Deffaudis (aun ignoraba la declaración de bloqueo, la invasión del Paraná y Obligado): denunciaba la parcialidad de los interventores, negaba a Inglaterra derecho a garantizar la independencia oriental “por no ser parte del tratado de 1828” y terminaba pidiendo:

- a) “Una condigna reparación a los agravios inferidos al honor y soberanía de la Confederación Argentina por los perjuicios irrogados al país en los procedimientos hostiles de sus fuerzas navales que ha auto rizado su Enviado M. Ouseley”.
- b) “La remoción de éste con brevedad”.

De esas dos satisfacciones “dependía la conservación de las relaciones entre la Confederación y el gobierno de S. M.”.

Aberdeen demoró la respuesta. Pero las cosas se precipitaron.

La “forcible mediation”.

Para entonces la opinión pública —hace notar Ferns— se mostraba opuesta a la *forcible mediation* (“mediación forzosa”). La máquina montada por Rosas empezaba a andar:

El comerciante Luis Lucas presentó un alegato en nombre de los importadores de Buenos Aires al *Foreign Office* el 6 de enero de 1846, acusando que los pedidos de intervención “en nombre del comercio británico” se debían exclusivamente a Lafone, beneficiado con el bloqueo por ser concesionario de la aduana de Montevideo, y un Mr. Holland, dueño de la exportación de carne de Río Grande a Montevideo.

En la misma fecha —6 de enero— Aberdeen recibía el embate de Tomas Duguid, antiguo comerciante de Buenos Aires, mostrando que, además de los perjuicios del bloqueo al comercio británico, éste “no tendría efecto para abatir al general Rosas”. En esos días Dickson hacía publicar en el *Morning Chronicle* la carta de San Martín desde Nápoles.

La campana periodística era casi unánime contra la intervención. Llevada originalmente por el *Morning Chronicle*, órgano de los liberales, consiguió arrastrar a la prensa independiente. El 3 de diciembre, contestando al *Times* que daba como fundamento de la intervención la Independencia de Entre Ríos y Corrientes, decía el *Chronicle* que “era descabellado sacrificar los ingentes intereses ingleses” a esa política dudosas; el mismo número